

## DESAFIO EN RUMANIA

El viaje de Nixon a Rumania en los primeros días de agosto es un movimiento intrigante, curioso. Tiene muchas aristas por las que examinarlo, y ninguna está clara. «No puedo creer —ha dicho el senador Kennedy— que el Presidente vaya solamente para conferenciar con los dirigentes rumanos. El viaje debe tener otro significado que no se ha revelado aún». Muchas veces, en política internacional se siente la tentación de atribuir una complejidad de cálculos y efectos a cada movimiento que aparece como sorprendente, sobre todo cuando los realiza una gran potencia cuyo nivel de poder nos hace considerarla como infalible —como si la realidad de cada día no nos enseñase sus fallos—, cuando la clave está en un acto instintivo y no premeditado. Se dice en Washington que la visita a Rumania de Nixon es fruto de una conversación casual, durante una cacería, entre el embajador rumano en Washington y el Presidente de los Estados Unidos. Esta otra explicación pecaría de demasiado simplista. No viaja por primera vez en la historia un Presidente de los Estados Unidos a un país de régimen comunista —el precedente de Yalta apenas lo es: la conferencia de los dirigentes de la guerra mundial daba a Yalta una especie de extraterritorialidad— por una conversación casual, ni elige para ello un país cuya tendencia a desgajarse del centro geopolítico de Moscú se marca acentuadamente en los últimos años, ni elige el momento en que el comunismo internacional tiende a ser centrífugo, por una pura conversación casual. Hay algo muy deliberado en la decisión de Nixon y sus consejeros.

La mayor parte de las interpretaciones posibles —y son muchas— ponen como objetivo final el nombre de China. Los Estados Unidos están construyendo rápidamente una nueva política asiática postvietnamita, contando ya con su retirada del Vietnam. La teoría de las «fichas de dominó», esbozada ya por el Presidente Kennedy, les sigue obsesionando. Kennedy anunció que si se perdiese Vietnam tirarían, al caer, todos los países asiáticos. Nixon trata de que la caída del Vietnam sea un hecho aislado. Su viaje de ahora es eminentemente asiático: Filipinas, Indonesia, Tailandia, India, Pakistán. Rumania, en Europa, es un estorbote único. Una excepción. Pero, ¿es realmente una excepción? Rumania, en cierta forma, es una clave de China. Rumania se ha negado rotundamente a condenar la actitud china en todas las conferencias comunistas y, a su vez, recibe la ayuda y la voz de ánimo de Pekín por su independentismo con respecto a la URSS. Se dice que la Embajada china en Bucarest es la más importante y la más hábil del mundo comunista europeo; se dice también que desde hace algún tiempo los Estados Unidos han decidido cambiar Varsovia por Bucarest como el punto donde tienen sus contactos diplomáticos con China. El viaje de Nixon a Rumania tendría por objeto, en ese caso, mostrar a China que los Estados Unidos no tienen ningún inconveniente en aproximarse al mundo comunista por cualquiera de sus extremos, y no precisamente por el centro soviético, tratando de lavarse así de las acusaciones de colusión. Es decir, trataría de mostrar, por la indirecta vía rumana, una neutralidad en la disputa chino-soviética. En este aspecto, el viaje sería más útil si no estuviese precedido por la visita a los países asiáticos antes enumerados, que China considera como parte del cinturón del mundo imperialista y capitalista sobre su propio territorio. Sobre todo, Indonesia, cuya hostilidad a China desde que se implantó el nuevo régimen que derribó a Sukarno, se ha mostrado de una manera sangrienta.

Otra explicación posible es la de una aproximación cautelosa y medida al mundo comunista. Otros países, conocidos por su anticomunismo oficial, han hecho ya antes la «apertura rumana» como una aproximación táctica. De Gaulle estaba en Rumania en mayo de 1968, pero De Gaulle había visitado antes Moscú. La idea de una aproximación norteamericana al comunismo europeo por la vía rumana es escasamente sostenible.

Los problemas de Washington con el comunismo son problemas directos con la URSS, y si busca la solución por la aproximación, no hay más aproximación posible que la directa a Moscú y no por un país que aparece como desafiante.

En este aspecto, parece prácticamente imposible descartar la explicación contraria, a pesar de las advertencias hechas ya por los portavoces oficiales de Washington. Esto es, que el viaje rumano constituye un punto de desafío directo a la URSS. El silencio hostil, la incomodidad, el desagrado con que los centros oficiales de la Unión Soviética han acogido el anuncio del viaje a Bucarest muestra muy claramente que, con intención o sin ella, la Unión Soviética ha sido profundamente herida, profundamente ofendida. No es posible imaginar que esta reacción soviética, tan previsible y tan normal dentro del contexto, no haya estado finamente calculada por los cerebros de Washington, por fallibles que sean, y no es posible imaginar tampoco que el objetivo del viaje ha de ser suficientemente importante como para obviar esa hostilidad. Hasta el punto de que puede creerse que el objetivo real del viaje sea precisamente ése, sea cual sea su cobertura. Si es así, se trata de un cambio radical de política en Washington.

Hasta ahora, y desde la crisis del Caribe, las políticas exteriores de Washington y de Moscú se han ido aproximando con un carácter de fatalidad, como algo no querido, pero irremediable. Incluso con grave daño para sus autores. La política de coexistencia pacífica —no sólo teórica, sino práctica— ha ocasionado muy directa y muy sensiblemente la escisión ruso-china y la pérdida de prestigio de Moscú en los movimientos revolucionaristas mundiales. A Kennedy probablemente le costó la vida y dentro del país ocasionó una tensión grave entre «duros y blandos», además de desgajamientos políticos exteriores como el de Francia y como la desconfianza de Alemania Occidental. Los «duros» de Washington temían que la política de coexistencia fuese una trampa que tendiese a privar a Estados Unidos de la utilización de su baza mayor en el mundo: la fuerza. Krushev no vacilaba mucho en exponerlo así, claramente: la concurrencia pacífica, la coexistencia, debería demostrar a la larga una superioridad del comunismo sobre el capitalismo. Es cierto que durante algún tiempo pareció así. Es cierto, también, que en la etapa actual las bazas están algo cambiadas. Siendo graves los daños sufridos por el centro capitalista mundial, por los Estados Unidos, parecen mucho más graves aún los sufridos por el mundo revolucionario y de la izquierda comunista. La crisis que está soportando el comunismo mundial, como ideología, como política práctica, como geoestrategia, es de un carácter muy grave. Abarca desde el cambio de postura del Tercer Mundo hasta el nacimiento fuerte de los nacionalismos en la Europa comunista, desde la escisión de China hasta los sucesos de Checoslovaquia.

No es difícil suponer que los cálculos de Washington hayan medido esa considerable crisis, y que la administración republicana de Nixon, que es doctrinalmente la más anticomunista y la más antisoviética que haya conocido el país en los últimos ocho años, haya decidido no dejar pasar esta crisis sin actuar. Ir a Rumania, sea para alcanzar el objetivo lejano de China, sea para fortalecer los nacionalismos comunistas europeos, sea para hacer una aproximación «especial» al comunismo, supone claramente una intervención directa y una pérdida de neutralidad en los movimientos comunistas interiores. Supone una clara toma de partido y supone, por lo tanto, un «mensaje» determinado a la Unión Soviética. Es un cambio de política muy decidido, y la moderación verbal, la falta de importancia y de propósitos que los portavoces de Washington dan a este considerable movimiento no pueden tener ningún valor real. Es uno de los actos más importantes de la postguerra y puede tener una serie muy larga, y muy poco previsible, de consecuencias. Difícilmente puede imaginarse un movimiento político de ese alcance sin suponer que pueda haber medidas de represalia por la otra parte.